

Acariciando esta ilusión, estuve alerta durante toda la noche.

Alboreaba, y se teñía el horizonte con las rosadas tintas de la aurora, cuando, cediendo á la fatiga, me dormí sosegadamente.

El sol de un día espléndido alumbraba ya con sus calurosos rayos aquella naturaleza virgen y abrupta, cuando llegaron Chassaing y el guía. Habían oído los dos disparos, y me interrogaron anhelosamente.

El intrépido Chassaing elogió mi magnífico tiro doble, jurándome que quizás en mil años no se había visto otro igual, por ser difícil hallar leones viejos.

Toda la gloria que alcancé,—añade modestamente Bombonel,—la debo á Chassaing, que me designó y cedió el mejor sitio.»

V

Otra narración de caza de Chassaing (1):

«Señoreado,—dice,—por la pasión de cazas preñadas de azares y peligros, partí el día 3 de Setiembre de 1858 hacia la selva de Sgag.

Este bosque, poblado de magníficos cedros, hallase situado á unas ocho leguas de Lambesse.

Seguí la ruta que conduce á la meseta de Taph'riuth, sitio donde tres tribus habían levantado sus tiendas.

Los árabes me informaron que el león merodeaba todas las noches, habiendo su rapacidad causado numerosas víctimas.

Semejantes noticias me decidieron á detenerme. Una de las tribus se hallaba acampada en los linderos del bosque, sitio propicio para alentar las algaradas y proezas del león.

El aduar estaba rodeado de una empalizada y foso; pero esta barrera era débil obstáculo para la fiera, y cada noche desaparecían de la tribu bueyes y carneros.

Exploré los alrededores, y adquirí la certeza de que siempre llegaba por el mismo lado, y que debía pasar cerca de una añosa y carcomida encina.

Allí establecí el *aguardo*. Los árabes me proporcionaron un carnero, vivo aún, pero algo destrozado por el león.

Até sólidamente el carnero á una estaca clavada en el suelo á unos dos metros de mi emboscada, pues á

mayor distancia no se divisaban los objetos, alumbrados sólo por los tibios rayos de la Luna menguante.

Á la caída de la tarde, y acabados los preparativos, estaba acurrucado en el *aguardo*.

Sólo se oía el silbido del viento noroeste á través de las ramas, y los ladridos de los perros de los aduares.

Á las once de la noche, el carnero dió señales de inquietud primero y después de terror; dando indicio de que el león vagaba por allí cerca. Nada, sin embargo, vi.

Pasé algunos minutos perplejo; pero á fuerza de escudriñar las tinieblas descubrí á lo lejos una masa muy oscura, cerca de un riachuelo.

Aquella masa se dirigió hacia mí, y cinco minutos después tomaba la forma de un hermoso león, que se lanzó sobre el carnero. El pobre animal exhaló un solo gemido.

El león esperaba, sin duda, arrebatar su presa; pero, como la cuerda era resistente, desapareció la fiera, abandonando á su víctima. Al cabo de breve rato reapareció, aproximándose con cautela, y volviendo la cabeza á uno y otro lado.

La oscuridad era tan grande que sólo se divisaba una masa informe y negra. Disparé, y di en el blanco, porque la fiera cayó exhalando gritos plañideros y ahogados. Tornó el felino á levantarse; y, dando un salto, fué á caer cerca de un arroyuelo. Oí los estertores de la agonía de la fiera, y después reinó sólo el profundo silencio de una noche callada y misteriosa.

Era más de media noche cuando enderecé los pasos hacia la tribu. Los árabes me festejaron, con gran alborozo, por haberles librado del impuesto cotidiano que cobraba el *señor de las selvas*. Llenos de impaciencia, querían dirigirse hacia el lugar donde había caído el león, pero les disuadí; pues el león podía hallarse sólo mortalmente herido y hacer pagar cara nuestra imprudente curiosidad.

Los perros, que, sin duda, percibían el olor de su enemigo, aullaban con furor, y no pude conciliar el sueño, á pesar de estar rendido y fatigado. Pasé el resto de la noche conversando con los árabes.

Apenas alboreó, me dirigí hacia el lugar donde suponía debía estar el león, y le hallé muerto. El tiro era tan certero, que la fiera había, sin duda, espirado á los pocos momentos de recibir la herida.

La bala había atravesado de parte á parte la fiera, pasando por el corazón.

Llegaron multitud de árabes con sus mujeres y el *marabut*. Difícil es pintar la alegría de aquellos semblantes ante el cadáver del león. Todo eran gritos y

señales de alborozo; y, mientras unos cantaban ó recitaban versículos del Koran, otros gesticulaban

ó bromeaban á mi alrededor. Los perros aumentaban la algazara general ladrando ruidosamente.

Las mujeres árabes querían que les regalase las pezuñas y las melenas, para fabricar talismanes; pero prohibí que se mutilaran los magníficos despojos de mi león.

Cargué el cuerpo del felino sobre un pequeño mulo que me prestaron dos árabes; y, escoltando mi trofeo venatorio, regresé á Batna, donde la vista de la fiera hizo sensación.

Sentía verdadero afán de hallarme frente á frente del león,—sigue Chassaing.

El 12 de Setiembre poseía dos mulas malas, que resolví utilizar, y el día siguiente partí para



El león, herido por Chassaing, se alejó rugiendo

(1) *Ma sixième victoire.—Mes chasses au lion.*

D'Gendly, cerca de Chemora. D'Gendly es una pequeña comarca, feracísima, situada al pie de la montaña de Bou-Arif, á seis kilómetros al oeste de Chemora, cerca de la fuente bautizada con este nombre.

El manantial de Chemora goza de cierto renombre por la prodigiosa cantidad de materias cobrizas que encierra, que parecen indicios de que en los alrededores existe una mina de cobre de subido valor y riqueza.

Até á mis dos cebos; uno cerca del río, y otro en medio de frondosísimos tamarindos, que abundan junto á la fuente de D'Gendly. Al anochecer me aposté bajo una frondosa bóveda de follaje.

La noche era espléndida; la Luna bogaba majestuosamente por el espacio, derramando suaves y poéticos matices sobre la naturaleza; y el aura, impregnada con los olores de mil plantas silvestres, perfumaba el ambiente.

Pasé la noche en vela, contemplando este bellísimo cuadro; pero en balde, porque no asomó el huésped con tanto anhelo esperado.

El día siguiente, examiné cuidadosamente el terreno. Á un kilómetro hacia el este, cerca de unos campos de sorgo, descubrí, sobre la tierra húmeda, numerosas huellas de leones, que se dirigían hacia los fosos de irrigación.

Á medida que me aproximaba al sitio en que la víspera dejé á la mula, las huellas eran más marcadas. Hallé al pobre animal muerto en el fondo de un barranco, á cien pasos del lugar en que estuve apostado.

Los leones habían arrastrado á su víctima sin gran esfuerzo, pues la estaca estaba clavada en un terreno flojo y movedizo.

Fijé el punto de aguardo cerca del cuerpo de la mula, ocultándome entre un grupo de tamarindos, regado por un manso arroyuelo.

Bien oculto entre el follaje, esperé ansioso que viniera la noche.

No tardé en oír los rugidos de una leona, mezclados con los gruñidos de sus cachorros.

La familia leonina enderezaba sus pasos hacia el sitio donde yo me hallaba, cuando llamó la atención de la leona mi escondrijo.

¡Cosa rara! La leona examinó cuidadosamente el terreno, y pasó rozando, sin verme, por entre la cortina de verdura que me ocultaba. Tranquila la alimaña, sentóse sobre sus patas traseras.

Contuve el aliento para evitar que el ruido de la respiración revelara mi presencia.

Tal como se había situado la leona fuera del punto

de mira de mi emboscada, no podía hacer fuego. Me hallaba, pues, casi inermé.

La leona me sacó de tan apurado trance, dirigiéndose hacia el cadáver de la mula. Ya era tiempo, pues me ahogaba.

La fiera puso en descubierto el costado derecho, y disparé. Al sentirse herida, lanzó un gran grito y dió un prodigioso salto en dirección á la montaña.

La leona huía lentamente, cayendo y levantándose á trechos, señal manifiesta de que se hallaba mortalmente herida.

El silencio, turbado por esta escena, restablecióse poco á poco.

Media hora más tarde apareció otra leona; pero, menos prudente y cauta, se lanzó sobre el cebo, ofreciéndome así ocasión de apuntar á mi sabor. Hallábase colocada la fiera en posición algo oblicua, y apunté en dirección á la cuarta costilla, á fin de que la bala se alojase en los pulmones. Un movimiento que hizo la fiera cuando apreté el gatillo desvió algo la puntería; y la bala, si bien atravesó el cuerpo del felino, fué á clavarse en la última costilla.

La fiera, herida, alborotó los ecos con furiosos gritos y gemidos; y, dando enormes saltos, desapareció entre las malezas.

¡Dos víctimas! La escena ofrecía ya subido interés. Inmóvil siempre en mi escondrijo, esperaba aún nuevas peripecias y emociones; pero pasó una hora sin que ocurrieran nuevos incidentes venatorios.

La Luna se había ocultado, y la noche era algo sombría; pero pude distinguir una tercera leona que asomaba.

Pero, ya sea el hallazgo en el camino de los cadáveres de las leonas, ó el ruido de las detonaciones, el caso es que la fiera se acercó cautelosamente; y, lanzando ligeros gruñidos, dió un rodeo para lanzarse sobre el cebo; y no tardé en oír el crujido de sus quijadas devorando el mulo.

Apunté durante algún tiempo, pero con vacilación, pues apenas podía distinguir las formas del felino. La masa informe y confusa hizo un movimiento, y entonces disparé. La leona saltó por encima del cebo, y desapareció por el lado de la montaña, dejando oír los estertores de la agonía.

Tras tres víctimas sucesivas en menos de cuatro horas, creí terminada tan gloriosa jornada; y me disponía á acomodarme, para dormir sobre mis verdes laureles, cuando, con gran sorpresa, á las diez de la noche, oí los rugidos de una cuarta leona, lanzados desde la montaña de Bou-Arif. Al oír rugir con estrépito



Una cacería de Chassaing